

# PERIODISMO Y DEMOCRACIA

*Carlos Alberto MONTANER*

**L**e agradezco al Instituto Interamericano de Derechos Humanos la oportunidad de reflexionar en voz alta, junto a ustedes, sobre el tema Periodismo y Democracia, pie forzado que me obliga a ciertas precisiones previas, para poder entendernos con claridad.

Doy por sentado que cuando hablamos de periodismo, en este contexto, estamos pensando solamente en un periodismo libre, crítico, capaz de censurar, de calificar, o de alabar sin temor a lo que las palabras dichas, sin que las palabras dichas o escritas nos puedan traer consecuencias negativas.

Obviamente, [si nos ceñimos a esta definición], la prensa publicada en los sistemas totalitarios, no tendría cabida. ¿Porqué? Pues porque nos referimos al periodismo capaz de examinar la realidad, que es el que nos interesa con ojo crítico, y esa no es la misión del periodismo en las sociedades dictatoriales, sino exactamente la opuesta: ratificar la visión oficial, verificarla constantemente en todo aquello que parezca apoyarla, y desechar, censurar o tergiversar cuanto parezca negarla.

## **Apoderarse de nuestro lenguaje:**

Esto es importante subrayarlo, porque la lucha por la libertad consiste, precisamente, en los sacrificios que realizan ciertas personas por poder examinar sin temores la realidad, y los atropellos que cometen

otras personas por impedir que ese libre escrutinio se lleve a cabo, ahí está toda la historia de la lucha por la libertad.

¿Qué buscan, en último análisis, los tiranos? En realidad no buscan convencernos de sus ideas, ni de apropiarse de nuestras conciencias. Se conforman con algo más modesto y al mismo tiempo más sorprendente: apoderarse de nuestro lenguaje, robarnos las palabras propias y obligarnos a repetir las que a ellos les complace. Acto en el que se demuestra la sabiduría que poseen, el calibre de sus ideas, y la infalibilidad del dogma que nos proponen e imponen. ¿Porqué los tiranos hacen algo tan extraño, y al mismo tiempo tan frecuente? ¿Porqué quieren robarnos nuestras palabras? No es fácil dar con la respuesta, pero me figuro que esas imposiciones, esa voluntad de quitarnos nuestro lenguaje, tiene que ver con el ejercicio del poder.

El poder dictatorial se ejerce, fundamentalmente, orquestando el lenguaje de las personas subordinadas. Se ejerce obligándolas a la repetición coral, forzándolas a una coincidencia artificial en el lenguaje de la que los dictadores parecen derivar una intensa complacencia.

Esa entrega del lenguaje, esos nombres coreados por multitudes que golpean con las sílabas los oídos de las personas en honor del tirano, esa entrega del lenguaje naturalmente, también forma parte de las oscuras ceremonias de vasallaje y servilismo con las que el bicho humano estratifica las jerarquías y establece la posición del yo individual en medio del océano de otros yo de sus congéneres.

## **Definición de la Democracia**

Ahora, desde esta perspectiva del periodismo, me gustaría acercarme a la palabra **democracia**. Como todos sabemos, la definición más urgente es la de «gobierno de la mayoría», pero enseguida comienzan las perplejidades. ¿La mayoría de los seres humanos o la mayoría de los seres humanos adultos? ¿A qué edad se es adulto? ¿La mayoría de los que participan y votan o de todas las personas con derecho a votar? La mayoría relativa del que gana con el 10% de los votos, dada la fragmentación del electorado, o la mayoría absoluta de los sistemas que

fuerzan el voto entre dos opciones? ¿Cuando se habla de «gobierno de la mayoría» se le otorga la facultad de decidir sin limitaciones o se marcan unos límites constitucionales que pueden impedir que las mayorías ejerzan libremente su voluntad?

Lo que quiero decir es que eso a lo que llamamos democracia no es más que un método invariable de tomar decisiones colectivas. Un método basado en la racionalidad inapelable de la aritmética, pero que requiere un previo acuerdo y una previa reglamentación, pues en materia política  $2 + 2$  no siempre son cuatro. Y quien lo dude, por ejemplo, puede averiguar cuántos votos necesita un diputado liberal en Inglaterra frente a los que necesita un conservador o un laborista para salir electo. Y si quiere estudiar más de cerca esta desequilibrada anomalía, le recomiendo que examine con cuidado la «Regla de DHont» con que en Europa, algunos países privilegian los resultados de los partidos mayoritarios en nombre de una mejor gobernabilidad del poder legislativo.

## **La Democracia y la Aritmética**

Dicho esto, queda claro -repito- que la democracia no es más que un mecanismo para la toma de decisiones colectivas. Un mecanismo basado en una simple premisa anterior, y es que, desaparecido el **soberano**, desaparecida la monarquía absolutista en donde se tomaban las decisiones en nombre de todos, **la soberanía** pasó a depender del pueblo, es decir, había que tomar entre todos las decisiones que afectaban a todos, y para eso hacía falta un método objetivo, y eso solo se podía lograr con el auxilio de una curiosa invención que no presentaba aristas de incertidumbre: la aritmética.

No obstante, la existencia de un método objetivo para la toma de decisiones -la democracia como hemos dicho- no garantizaba que esas decisiones fueran correctas, ni sabias, ni prudentes, sino que habían sido tomadas con arreglo a unas normas en las que no cabían valoraciones subjetivas. Una vez puestos de acuerdo sobre la forma de contar y de asignar los votos, nadie podía dudar de que 19 era un número mayor que 17 y menor que 21, y a eso se reducía el método aritmético aplicado a la democracia.

A qué viene dentro de estas reflexiones, esta humilde definición de la democracia? Viene a cuento de lo que hace unos instantes habíamos dicho del periodismo, el verdadero periodismo es un examen profundo y sin miedo de la realidad. Es un análisis de lo que aconteció, de lo que ahora está sucediendo, y es una predicción de lo que puede suceder. Es información descriptiva y es juicio valorativo. En otras palabras, es el gran complemento de la democracia porque ayuda, o puede ayudar a que las decisiones que se tomen sean las correctas y no las equivocadas.

Esto quizás explica la enigmática frase de Jefferson cuando afirmó que prefería una sociedad con prensa libre, aunque no fuera una Nación soberana, a una Nación soberana sin prensa libre. Sencillamente, sin prensa libre, y sin la posibilidad de escudriñar la realidad minuciosamente, hay una alta probabilidad de que no tomemos las decisiones correctas. ¿Y qué ocurre cuando sistemáticamente, y por un largo período tomamos las decisiones incorrectas? Pues, en lugar de avergonzarnos de nuestros errores, o en vez de tratar de enmendarlos, lo que solemos hacer es culpar a la democracia, y atribuirle a lo que no es nada más que un **método**, nuestros errores conceptuales, nuestra falta de información, y buscamos entonces alivio en alguna forma de autoritarismo.

Es eso lo que se oye cuando la pobreza, la corrupción o los escándalos de gobierno colman la copa de los pueblos: es lo que solemos ver en América Latina cada vez que algún salvador de la patria sale de los cuarteles a bordo de un tanque a tomar la casa de gobierno, culpan la democracia en vez de culparnos a nosotros por no haber sabido hacer uso de ese método que tan buenos resultados ha dado en los 20 países más prósperos y dichosos del mundo.

## **Información y Decisiones**

Creo que ahora se puede ver con más claridad la estrecha relación que existe entre la democracia y el buen periodismo, si tenemos que tomar decisiones, mejor será que nos informemos adecuadamente, porque si nos equivocamos con demasiada frecuencia, muchas personas van a comenzar a decir que el método democrático no sirve, y que mejor sería delegar en alguien, o en un grupo que asuma nuestros atributos soberanos. Y de este punto me gustaría moverme hacia otra zona alejada aunque un

tanto sorprendente. Una vez establecida la relación entre democracia y periodismo, me parece conveniente formular la siguiente pregunta: ¿Porqué se me ha pedido que venga a Managua a hablar de estas cosas? Porque -por ejemplo- es bastante improbable que me convoquen a París, a hablar de estos asuntos.

Evidentemente, me han invitado a Nicaragua a abordar este tema porque en este país la democracia no ha dado sus mejores frutos. En este país el **método** no ha funcionado adecuadamente. Los nicaragüenses, sin duda, a duras penas han conseguido tomar decisiones colectivas con arreglo a las normas democráticas, pero tan grave como eso es que las decisiones, con frecuencia, las toman de forma errónea. Eligen mal lo que se debe hacer, y suelen escoger mal a quienes deben ejecutar las tareas seleccionadas.

¿Cuál es el panorama que se asoma a los ojos de cualquier observador objetivo? Un país bello y fértil, razonablemente dotado de bienes naturales, con una población cinco veces más pequeña que la de Suiza y Austria combinadas, pese a que la superficie de Nicaragua es semejante a las de Suiza y Austria combinadas.

Sin embargo, pese a esas ventajas comparativas, Nicaragua es un país más empobrecido que pobre, crispado por las pasiones políticas, con un sesenta por ciento de desempleo -según leo en la prensa- y en el que casi toda la sociedad es víctima de un alto grado de incertidumbre. Nadie está seguro de que mañana no va a recomenzar la guerra civil, o de que no va a perder sus propiedades o sus ahorros devorados por el resurgimiento de la inflación o el aumento de la presión fiscal como consecuencia por ejemplo, de una disminución de la ayuda internacional y la simultánea rigidez de una estructura burocrática inmodificable.

Lo que quiero decir es que este hermoso país, potencialmente próspero y feliz, no ha conseguido lograr sus objetivos, y lleva más de un siglo de continuada obscuridad, a veces interrumpida, como ahora, por unos breves relámpagos democráticos. ¿Porqué esta trágica historia? La explicación pudiera ser notoriamente sencilla: porque la información que prevalece en la sociedad nicaragüense es totalmente insuficiente, equivocada o sesgada. Y cuando digo **información** me refiero a cualquier clase de conocimiento capaz de inducir un tipo de conducta.

La información es lo que conforma los valores, las creencias y los conocimientos. Y de la suma de valores, creencias y conocimientos se suele derivar la conducta. Una conducta, que a su vez, cree estar orientada a satisfacer los intereses personales, tal y como les damos consistencia de acuerdo con las informaciones que poseemos. De donde se deriva una verdad tal vez insoslayable: mientras más información tengamos a nuestra disposición, más posibilidades tendremos de actuar adecuadamente y de alcanzar el éxito.

### Los enemigos de la información:

Sin embargo, este criterio no parece ser universalmente aceptado, y abundan los enemigos de que la información se difunda sin límites. Por una parte suelen estar los gobiernos autoritarios y los grupos de presión empeñados en limitar lo que se puede decir, empeñados en limitar el **mensaje**, y de la otra, los sindicatos y los sectores profesionales decididos a indicar quiénes están autorizados a difundir la información o las opiniones en la prensa, esto es, quiénes deben ser los **mensajeros**.

En cuanto a lo primero, deberíamos ser firmes y totalmente claros: todo puede y debe decirse, y dejar al criterio del mercado lo que se prefiere o lo que se rechaza. Es cierto que en una sociedad permisiva y tolerante aparecerán publicaciones escandalosas y hasta ofensivas para el criterio de las mayorías, pero los perjuicios que causaría impedir su divulgación son mucho mayores que la tranquilidad de espíritu que le traería a las personas que se sienten agraviadas por la presencia de estas publicaciones. Al fin y al cabo, si permitimos que el gobierno, a través de leyes y decretos, decida lo que no se puede divulgar, la tendencia creciente será silenciar todo aquello que encierre alguna forma de censura a la clase dirigente, pues siempre habrá una excusa para proteger la dignidad de los mandatarios, para salvaguardar la moral de la ciudadanía, o como tantas veces se oye, para no exacerbar los ánimos del pueblo contra las instituciones democráticas.

En España, por ejemplo, en los últimos años de la dictadura, en lo que luego llamamos «el Tardo-Franquismo», un pobre ciudadano fue condenado a diez días de arresto, acusado de falta de respeto a la autoridad, porque sonoramente expulsó unos gases intestinales junto a un guardia

civil, pero el asunto se volvió aún más grotesco cuando la revista que recogió la información fue multada por desacato a la autoridad. Esta defensa de la total libertad de prensa no quiere decir, sin embargo, que es lícito mentir, injuriar, calumniar o desinformar deliberadamente.

Hacer eso en una sociedad democrática debe constituir delito y debe perseguirse y castigarse con arreglo a la ley a posteriori no antes de que aparezcan estas informaciones en la prensa o estos ataques o estas injurias.

Por otra parte, no se equivocan los sociedades que aborrecen la mentira. Dice la Biblia que «solo la verdad os hará libres» y me parece que es difícil encerrar más sabiduría en un apotegma de esta brevedad. Solo las sociedades en las que el perjurio constituye una conducta inaceptable consiguen tener una idea aproximada de la realidad para poder actuar en consecuencia.

No obstante, para el buen funcionamiento de la democracia, tan peligrosos resultan quienes quieren ejercer la censura o quienes renuncian a colocarse bajo la autoridad de la verdad, como quienes pretenden decidir quiénes tienen el derecho a difundir la información. En efecto, desde hace unos cuantos años, en todo el ámbito iberoamericano, ha surgido una fuerte tendencia corporativista que se propone limitar el derecho a ejercer el periodismo a quienes han pasado por la Facultad de Comunicación de alguna institución acreditada. El razonamiento que esgrimen los defensores de esta medida se afina en la analogía: si a los médicos o a los arquitectos se les licencia para que ellos y solo ellos puedan ejercer sus profesiones, porque no ocurre lo mismo con los periodistas. ¿No estudiaron durante cuatro o cinco años acaso?

En realidad se trata de una falsa analogía. No es lo mismo transmitir información u opiniones, que hacer un trasplante de hígado o levantar los planos de una central nuclear. La divulgación de informaciones y opiniones -que es lo que hace el periodismo en última instancia- es una propuesta más que hace el comunicador al receptor, y este podrá aceptarla, rechazarla o ignorarla, sin que de ello se deriven consecuencias sustanciales.

Si aceptáramos el principio de que solo tienen derecho a comunicarse públicamente quienes poseen una licencia otorgada por el Estado, muy

bien podríamos concluir que ningún pintor que no haya tenido formación académica oficial tenga derecho a exhibir o vender sus cuadros, o ningún músico sin grado académico podría formar parte de orquestas sinfónicas o de simples cuartetos. Rizando el rizo, y por la misma absurda regla, no es descabellado que se le prohíba jugar béisbol profesional a quien no tenga título de profesor de Educación Física, o hasta podrá exigírsele un doctorado en Filosofía o en Humanidades a quien viniera a Managua - como es mi caso- a compartir con ustedes unas cuantas reflexiones sobre el periodismo y la democracia.

Ese camino, obviamente, conduce al disparate y al empobrecimiento cultural de nuestras sociedades. Y si ese criterio hubiera existido en el pasado, no habiéramos contado con las crónicas y los periódicos creados por José Martí, Domingo Faustino Sarmiento, Rufino Blanco Fombona, Blazco Ibáñez, Gómez Carrillo, Ortega y Gasset, y prácticamente todos los grandes escritores y pensadores de nuestra lengua, una lengua -por cierto-, que tal vez ha alcanzado sus momentos estelares en las humildes páginas de los periódicos.

¿Quién es -en suma- un buen periodista? El que tiene algo que decir (una información, una opinión): sabe como decirlo de una manera atrayente y original; posee, además, el instinto de colocar el texto en el lugar adecuado, y con el rango tipográfico conveniente, es también un problema de topografía de la información. Todo esto, por supuesto, se puede aprender en las escuelas de periodismo, o se puede aprender en la práctica diaria, o hasta en el simple análisis de la prensa que circula, o se escucha, o se ve, lo que priva de toda seriedad, la necesidad de contar con licencias o permisos para ejercer el periodismo.

Una reflexión parecida tal vez haya que hacerla con relación al debate, un tanto estéril, sobre quién o quiénes pueden ejercer la libertad de prensa, puesto que hacer un periódico o poner en el aire una estación de radio o un canal de televisión, cuesta mucho dinero y no todo el mundo, o mejor aún, casi nadie cuenta con los recursos para crear este tipo de empresa.

Eso es cierto, pero se olvida un detalle básico: quienes realmente deciden la línea de los órganos de comunicación son los lectores, el auditorio, los telespectadores. Es verdad que el director de un periódico decide lo que se debe opinar en su periódico, y lo hace generalmente con

cierto grado o cierta dosis dictatorial, porque estiman que los periódicos pues no son parlamentos abiertos sino es otra cosa, y deciden lo que se debe informar, pero es el mercado, en último término, lo que modula y determina el contenido de los medios de comunicación y el que acaba por dictar la pauta de esos medios, si no hay un encaje entre el medio y el receptor, ese órgano desaparece. No es solo por amor a la verdad, a la verdad pura, que los medios de comunicación en los países más serios y más organizados no deben exagerar, mentir o distorsionar los hechos, es porque si no lo hacen, y si el público descubre que tratan de engañarlo o manipularlo, ese público acaba por darle la espalda, y especialmente claro, si se trata de una sociedad libre y abierta, en la que puede elegir entre diversos medios de informarse.

En suma, y para finalizar, es posible iniciar una democracia sin prensa libre y crítica, pero lo más probable es que no durará mucho tiempo. Por el contrario, una sociedad que cuente con abundantes y críticos medios de comunicación, tiene más probabilidades de corregir errores y evitar caminos equivocados. En Nicaragua tenemos una democracia débil que se inicia, pero la vía de fortalecerla está en fortalecer los medios de comunicación. Es a esto a lo que no se debe renunciar si algún día queremos que este país y todos los demás de América Latina, sean prósperos y dichosos.